



Revista de Estudios Sociales

05 | 2000
Fin de Siglo

Una hamaca por país

Ana María Ochoa Gautier



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30325>
ISSN: 1900-5180

Editor

Universidad de los Andes

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 enero 2000
Paginación: 135-138
ISSN: 0123-885X

Referencia electrónica

Ana María Ochoa Gautier, « Una hamaca por país », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 05 | 2000, Publicado el 25 febrero 2019, consultado el 06 mayo 2019. URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30325>



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

Una hamaca por país

Ana María Ochoa Gautier

Etnomusicóloga, Universidad de Indiana, Investigadora del Ileana.

Para Alina y Bernardo



Luz Marina Tréllez
FOTOGRAFÍA B/N1999

Yo diría que el paradójico relato en el que habito este país de caminos prisioneros, es el del descubrimiento que produce el viaje. El viaje en sus diferentes vertientes: las perversas del exilio y el desplazamiento forzado a que nos obligan unos y otros ejércitos y cuyos puntos de ausencia han ido marcando hitos en mi vida. El primero, el de las lejanías de la persecución política de mediados de los ochenta. De ese tiempo me quedó grabado el día de tu partida. Subíamos hacia el aeropuerto de Rionegro en medio de una lluvia aterradoramente silenciosa, cargada con el eco de las voces de tus alumnos "profe vayase". Después recuerdo que te vi sentado allá tras el vidrio de emigración, con una cierta sensación de alivio y seguridad y con ese rostro de tremenda soledad que escondías en el periódico que leías a la vez que nos sonreías como para decir quédense tranquilos. Lo de siempre. Las cosas pequeñas de la vida cotidiana, como hacer una maleta, se te vuelven un enredo. Pero en los momentos del desafío pareciera que te entrara una fuerza interna que apaciguara las absurdas angustias pequeñas y se te forja un camino claro de respuestas. Ya no te iba a pasar nada. Era lo que decía tu rostro y el alivio en nosotros. Pero también estaba esa maldita sensación de futuro que se diluye en las manos porque uno no sabe en qué acaba ese viaje. Esa lluvia es lo que recuerdo en estos días que escucho que se tuvo que ir otro más. Como si en este país la vida diera las mismas vueltas cada diez años. Y es esa lluvia, pero ya no con olor a asfalto y aeropuerto, sino a montaña encumbrada, la que habita recia en el miedo de tus ojos color tigre y tus manos de mujer creadora, desde el momento en que se nos desbordó el conflicto armado hacia las nuevas-vejas formas del dolor de los noventa. Nunca nos imaginamos que esa misma lluvia del exilio iba a habitar ese otro monstruo, el del secuestro. Yo imaginaba la sabiduría de tu vejez y la integridad de tu ser silencioso, a lomo de mula. Pero cómo se sentían de frágiles rodeadas de fusiles. Cuando regresaste me dijiste que te había tocado aprender a hablar, a exigir tus derechos porque sabías que si no lo hacías, no ibas a sobrevivir. Qué raras son las rutas en que se forjan las palabras. Y qué absurdo fue

cuando vi en tu rostro las mismas huellas que había visto en mis amigos chilenos y argentinos exiliados de las torturas de las dictaduras de los setenta. ¡Quién lo creería!

Me ensordecía el abrumador silencio de las tenues pruebas de supervivencia. Me alentaban los signos de que sí estabas allí, en algún lado. Como esa paloma mensajera que llegó al balcón de la casa diez días antes de tu regreso. Presagio de que sí ibas a volver. Le dimos tu nombre, como anticipando el retorno.

Pero lo que nunca imaginé fue el relato que traías en las palabras que te brotaban por toda parte: los niños que te tenían, su vida que giraba en torno a un juego absurdo entre la vida y la muerte y que no salía de allí, la ausencia de proyecto político o educativo, los niños de la muerte que nunca tuvieron otra opción porque en los campos de este país pareciera que los únicos caminos fueran las armas o el hambre. ¡Qué absurda escogencia!. Pero tu, como desafiando ese dictamen de la historia, le dijiste, en el momento de la partida, al comandante que te tenía prisionera, cuando él fue incapaz de un gesto de despedida: "Abráceme, que los guerreros también abrazan". El burdamente te rodeó con los brazos en una cosa que se parecía pero no era un abrazo, y luego, en la dureza de su mundo se cubrió el rostro con las manos. Como si lo que hubieras tenido que ir a hacer allí, era confrontar la guerra con la firmeza de tu ternura.

Y esa noche de tu relato nos fue entrando esta ausencia estrepitosa que se nos ancló para siempre en el corazón. Es como un río sin fondo. Yo veía cómo en el rostro de mi padre iba cayendo un silencio profundo, un silencio que existe hasta el día de hoy en el modo como se le derrumbaron las ideologías en que había creído y por las cuales había luchado. Hoy lo confronta en las noches de insomnio que le cuida a ella.

Esos dos hitos anclaron en mi vida como dos columnas que se derrumban. Las ideologías políticas y los ideales de estructuras sociales que se me plasmaron en el día a día del trabajo de mis padres, se han ido cayendo por pedazos. Son las abrumadoras secuelas de los viajes de los silencios forzados, de los posibles no retornos. Lo increíble es que nos lleguen de lados completamente opuestos. A uno le queda atrapada la creencia entre los absurdos de los extremos. Es la ruptura entre causa y efecto ya que desde entonces los ideales que habito están como sin rumbo. La dicotomía entre los hechos y las palabras, entre las ideologías y los hechos, se afianza en el absurdo histórico del día a día y es una grieta que está ahí. Como las que dejan los terremotos o las lunas en eclipse que ocultan tras su velo terracota un fragmento de su rostro, rastro profundo de los silencios forzados.

Pero hoy es noche de luna blanca llena y lluviosa y hay otros relatos que tengo igual de presentes. Son los que me han dado la palabra en la piel, historias Ungidas de mar y selva y de olor a tierra. Porque a pesar de ser hija de ciudad, crecí en medio del viaje por los rincones de este país. Y dos de ellos se me enredaron entre las faldas para siempre: las voces de las cantaoras del Chocó en las noches de alumbramiento y los tiples y las bandolas en las noches de serenata de Antioquia y el Valle del Cauca.

Las cantaoras me dieron la voz de la intimidad y la energía del espíritu cuando en mis siete añitos me invitaron a sentarme en medio de ellas, al frente del altar con la imagen de la Teresita, santa patraña de Mecana, que nos miraba impávida y rodeada de flores, adornos de papel aluminio, ron y tabaco. Allí aprendí a entonar que el niño está en el cielo en "silla de pedrerías", que en el mar del pelo de la Virgen del Carmen "navega un peine"

y que

María iba pa Belén

y dio parto en el camino,

y entre la mula y el buey

nació el cordero divino.

Todos le llevan al niño

yo no tengo que llevarle,

las alas del corazón

que le sirvan de pañales.

Las divinidades eran más misteriosas, y por ello más cercanas, encarnadas en esas mujeres que paren, y de hermoso cabello largo que se enreda, de niños pobres de regalos pero sentados en las joyas de los cielos. El misterio se plasmaba en el sudor del baile -la ruca-, y el mundo que se me abría en la piel era terriblemente lejano al de las acartonadas iglesias y colegios de Medellín.

Además, esos romances me hablaban de nuestra historia en su lenguaje. Santa Teresita se cuelga los "zarcillos de oro" del Chocó en sus orejas, la "maldita blanca ni a sembrar sapayos va" y la "gallarda mestiza" sale de la iglesia del brazo de San Nicolás. Brota en el canto el sabor terrible y eterno de la esclavitud y las palabras que nos dejó la conquista. Allí descubrí que la historia no sólo está en los libros sino también en los cantos que pueblan los rincones de este país. Ese

descubrimiento se me volvió profesión ya que desde entonces busco nuestro modo de ser en los sonidos de los paisajes. Y no sólo entendí que en este país la historia está enredada en la mitología de los altares y el sudor de las fiestas. También entendí que la voz de la intimidad está ligada a la del espíritu y que ambos se manifiestan a través del cuerpo.

De Antioquia y el Valle del Cauca, me quedó el sonido de los tiples. Está ese requinto que mi papá encontró en manos de un serenatero que llegó a la policlínica de Medellín hace cuarenta años. El lo recogió, le puso un esparadrapo en el cuerpo para que no se le saliera el sonido por donde no se tenía que salir y empezó a zurrunguear las notas que amenizaron tantas fiestas. Luego encontré ese sonido en los caminos del Valle del Cauca que recorrí años después y que se enredó con la flauta en Entresueños, obra que se escribió a medida que recorríamos los pueblos entre Cali y Medellín: de Riosucio a Roldanillo, de Roldanillo a Sevilla. Allí las cuerdas se enredaron en el viento. Fue en la flauta donde aprendí lo que es la música andina. Porque la música, cuando se interpreta un instrumento, no es sólo el arte de la escucha sino del tacto sutil. Cada sonido, textura y entonación corresponden a una sensación exacta en las yemas de los dedos, en la comisura de los labios, en la profundidad de la respiración. Y ahí adquirí razón de ser, la síncopa del bambuco. Porque en la voz de la flauta se me desmintió el país acartonado que los folkoristas quisieron dejarnos en los ritmos andinos. Es la dimensión del bambuco que la nación siempre ha negado, porque su sabor mulato no le ha convenido.

Y hoy sigo viajando. Con el miedo en la mano porque me es imposible moverme sin miedo en este país, pero con el ansia del descubrimiento a lomo. En estos días conocí el mar de Riohacha y un indígena Wayúu que me decía: "Nuestra paz es saber manejar nuestro conflicto". De todo lo que dijo, esas fueron las palabras que se me quedaron grabadas como un petroglifo. Cómo retumban cuando leo y leo en la prensa sobre mesas de negociaciones. Hay voces que nos podrían enseñar mucho y aun no hemos escuchado.

Esas voces me construyen la libertad interior y se confunden tortuosamente con el miedo terracota de la luna en eclipse. Es como si por dentro tuviera una hamaca por país. En un vaivén, está el país del miedo, el de las palpables ausencias que miro día a día en los objetos que quedaron sin dueño, esparcidos por la sala de mi casa y que me hablan de las manos que los forjaron y están lejos. Esas ausencias y el miedo que miré ese día en tu rostro pesan como un barco abandonado en

altamar, como alma metida en prisiones. Y recuerda uno entonces esos otros cantos del alumbramiento que fueron forjados en la esclavitud de entonces pero que tienen un terrible sabor de presente:

Un martes por cierto

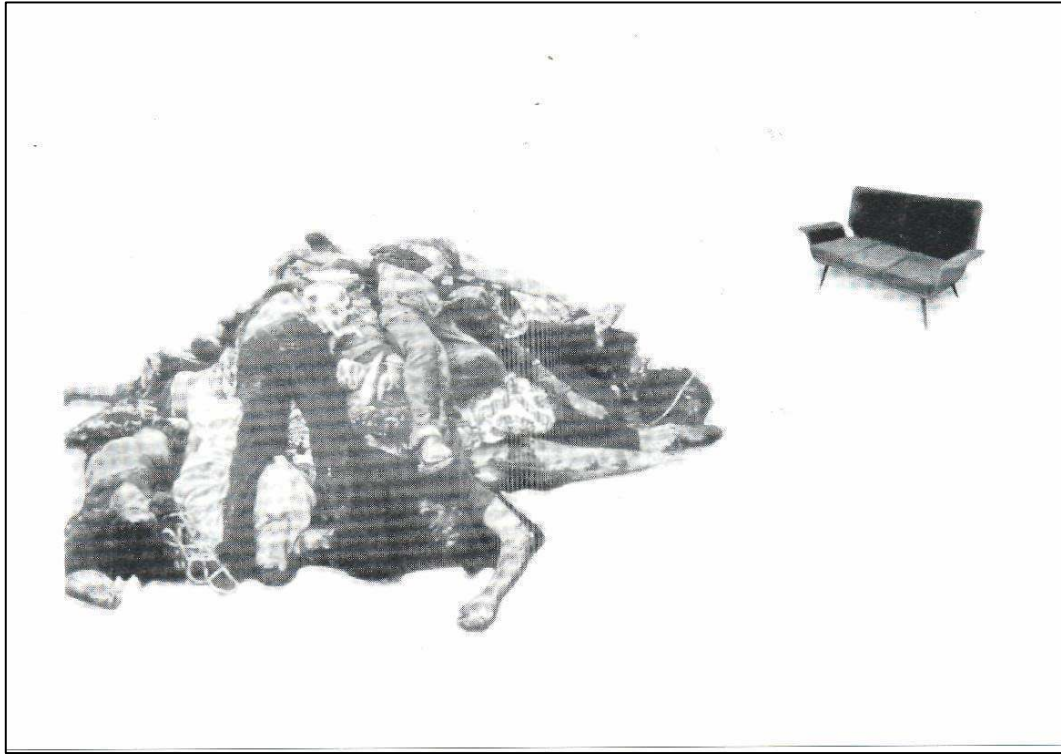
en día señalado,

yo salí de mi tierra

como desterrado.

Pero la hamaca retorna al punto de origen y se desplaza al otro extremo. Y ahí están los sonidos y las voces que cada día aún descubro. Allí miro nuevas facetas del rostro que el espejo aun no me había mostrado. Ahí, por momentos, vuelve a tener razón de ser lo que uno hace. Es el país de mi barrio con la segundad de su amistad, es el país de los nuevos cantos que me siguen arañando las orejas, es el país que muchos tratan de inventar aunque no los dejen, es el país que no dejo de soñar. En ese vaivén me mantengo. Entre la parálisis y el nacimiento. Con la ruta difusa, porque aquí pretender que los caminos son transitables o que van hacia alguna parte, es una ilusión insostenible. Pero con la sangre rica en relatos de amor y muerte.

“...esas fueron las palabras que se me quedaron gravadas como un petroglifo...”



Manuel Quintero
IMPRECION DIGITAL 1999